

rablemente la oferta de mano de obra; el mercado laboral fue, pues, el elemento que determinó las características de esta oferta asistencial durante el periodo estudiado. La ausencia de índices dificulta el manejo de la obra; esta carencia es más significativa ya que el Dr. Menéndez se ocupa sistemáticamente de la elaboración del «Índice analítico de la revista *Dynamis*». Experiencia en esta incómoda tarea no le falta.

JUAN L. CARRILLO

ROSA MARÍA MEDINA DOMÈNECH. *¿Curar el Cáncer? Los orígenes de la Radioterapia española en el primer tercio del siglo XX*, Granada, Universidad de Granada, 1996, 303 pp. ISBN: 84-338-2176-8.

No son frecuentes en España los estudios sobre colectivos profesionales. En los últimos veinte años, por tomar como referencia la fecha de la traducción al castellano de la obra clásica de Freidson, pueden contarse con los dedos de ambas manos los abordajes serios de algunas profesiones, hechos mayoritariamente por sociólogos, y más raramente por historiadores de la medicina o antropólogos. Una parte sustancial de esos estudios se refiere precisamente a las profesiones sanitarias.

*¿Curar el Cáncer?* se sitúa explícitamente como un intento de articular la tarea del historiador de la medicina con la sociología de las profesiones y la antropología. Enlaza con posicionamientos que ya estaban presentes en Rosen, que son evidentes en Freidson y en Rosenberg y en la ciencia social norteamericana actual como es el caso del ahora ampliamente traducido Said, pero que tienen una vieja tradición europea desde los tiempos de Weber y Gramsci hasta las aportaciones de autores como Foucault, Castel y más recientemente de Bourdieu. Estos abordajes, significativamente en torno a estudios sobre colectivos profesionales y su significación, están en la base tanto de la sociología histórica, como de algunas orientaciones de antropología histórica. Por mi parte prefiero prescindir de estas últimas etiquetas para situar estas problemáticas como campos en los que se evidencia la necesidad imperiosa de reconstrucción de una ciencia social única más allá de las fronteras corporativas. Pero resulta revelador que, en buena parte de los estudios sobre la misma, los autores se vean obligados en mayor o menor medida a proceder a justificaciones por haber tenido que recurrir a teorías o metodologías de otros campos. Este también es el caso del presente libro en el que se pone de manifiesto una tensión considerable entre la propuesta metodológica y la narrativa contenida en los dos primeros capítulos y la introducción y el resto.

En esta primera parte Rosa Medina efectúa una propuesta sugerente al plantear el desarrollo de la especialización médica como una mercadología. La propuesta no es sin embargo novedosa, puesto que la conceptualización del intelectual orgánico por Gramsci implicaba para el intelectual una oferta que permitiese situarle como mediador social. La novedad es que aquí, y en ello creo reconocer la influencia de la literatura norteamericana, el mercado es entendido probablemente en términos más económicos que políticos aunque el desarrollo del libro acaba conduciendo a lo contrario. Para la autora el proceso de institucionalización de una especialidad médica consistiría en el desarrollo de una oferta específica en un mercado sobre la cual se desplegarían una serie de estrategias de mercadotecnia que implicarían, en el caso del período histórico de su libro, estrategias asociativas, *lobbysmo*, la construcción cultural de un problema sanitario y un discurso específico sobre la terapéutica articulado sobre la base de la cirugía y de la tecnología de punta en su tiempo. Como puede verse una agenda que es perfectamente aplicable a procesos actualmente muy evidentes en el sector salud en torno a nuestras actuales nuevas tecnologías. El núcleo del libro, su parte expositiva, se estructura en cuatro capítulos: la configuración de la problemática del cáncer en Madrid, y en Cataluña, el proceso de institucionalización en el hospital medicalizado, la difusión de los conocimientos y las formas de asociacionismo.

La propuesta y apuesta teórica de la autora es muy atractiva, y relativamente novedosa en nuestro contexto académico. Hasta aquí, la mayoría de estudios históricos sobre el proceso de profesionalización en España, con la salvedad de un cierto número de investigaciones históricas sobre la práctica o las instituciones médicas, se han centrado en el papel de ciertas profesiones corporadas en la administración, con alguna aportación importante fuera del terreno de las élites directamente políticas, en el estudio de Garrabou sobre los ingenieros industriales en Cataluña. Al margen de estas aportaciones historiográficas, en el sentido clásico del término, las otras aportaciones proceden de la sociología y de la antropología. Las orientaciones dominantes a mi juicio responden a dos tendencias: una sostenida por sociólogos y heredera de Freidson y de la sociología norteamericana, que está representada por la obra de De Miguel, Salcedo, Guillén y Rodríguez, y otra más influida por la sociología histórica europea, especialmente por Rosen, Castel y Foucault entre otros y que explora los intentos más o menos fallidos de los profesionales sanitarios por constituirse en el fondo en los intelectuales orgánicos del nuevo Estado. En su conjunto, esta serie de estudios se distancian de sus referencias intelectuales en la medida en que el caso de la profesionalización en España presenta una serie de ribetes idiosincrásicos que tienen que ver con sus precoces experimentos de burocratización estatal desde el s. XVI, con las peculiaridades derivadas de la situación periférica

de España en el desarrollo del capitalismo europeo, y con las tensiones en torno a la formulación del proyecto político del jacobinismo liberal español. Todo ello conduce, en el caso de la profesión médica, a una situación peculiar derivada de la presencia del Protomedicato durante la Era Moderna, de su crisis durante el XIX, de las dificultades de construcción del modelo sanitario liberal y de la tardía implantación del estado providencia.

El modelo de Rosa Medina, en la medida en que está fuertemente influido por la literatura norteamericana incluye la noción de negocio en la estrategia de los médicos, lo cual corresponde muy exactamente a un contexto español en que el médico vive o pretende vivir, de su consulta, pero que ha sido negligido como punto de vista por la dificultad de acceso a una información esquivada, por la opacidad fiscal del colectivo y la ausencia de registros equivalentes a los del sector público. De ahí que las investigaciones sobre las estrategias económicas de los médicos antes de la implantación de la seguridad social en nuestro país, pasen habitualmente, y también en este caso por indicadores indirectos que emergen de la actividad *pública*, y no privada de los médicos pero en la que la institución pública es percibida como subsidiaria salvo en formación, investigación y educación médica. Una de las aportaciones del libro se sitúa precisamente en poner en evidencia el papel de mediación que adquiere la tecnología terapéutica en la definición de la identidad profesional y como esta se proyecta en el desarrollo de una oferta específica de servicios.

Esto debería mover a reflexión, en la medida en que si la tesis del libro es la relación entre una estrategia económica y un despliegue institucionalizador, deberíamos tratar de comprender el papel que ello juega en la mercadotecnia de la práctica médica privada pues es en ese ámbito en el que se produce el rendimiento económico fundamental. El problema es que al haber acotado el trabajo en la Guerra Civil, nos queda la duda de cómo se han adaptado esas estrategias en torno al despliegue del sistema de Seguro Social que ha representado un cambio diametral en la economía de la profesión médica puesto que ha relegado al sector privado a una posición secundaria y relativamente marginal.

Sin embargo, el interesante planteamiento del capítulo sobre la construcción cultural de la curabilidad del cáncer, que enlaza muy estrechamente con sus presupuestos metodológicos, no es llevado a sus últimas consecuencias pues no se confronta con la receptibilidad por parte de la ciudadanía de ese discurso en un contexto de transición sanitaria entre un modelo epidemiológico centrado en la lucha contra la morbilidad infecto-contagiosa y la emergencia de la percepción por parte de la sociedad de «nuevas» formas de muerte como el cáncer. Me preguntaba asimismo, leyendo el libro, si este

nuevo mercado del cáncer no responde sobre todo a la percepción de las clases medias y altas en la medida en que es en Catalunya donde el fenómeno prende con mayor fuerza y sin el carácter supraestructural que parece tener el movimiento en Madrid capital.

Y aquí es donde quiero señalar el que me parece el principal problema del libro. El desajuste que hay entre ese inicio tan prometedor y los cuatro últimos capítulos en que se recoge una documentación literalmente excepcional pero que, a partir de este punto, es tratada de una manera puramente descriptiva y expositiva con una escasísima cuando no anecdótica contextualización. La autora despliega en cuatro capítulos una documentación impresionante fruto de un trabajo muy minucioso y sistemático de las fuentes, que organiza no tanto en función de sus puntos de partida metodológicos, sino de su catalogación puramente empírica, de tal manera que la estructura de los cuatro capítulos reconstruye cuatro procesos paralelos que podrían por sí solos dar lugar a cuatro artículos.

El problema, a mi juicio está en no asumir plenamente la significación social y política de la medicina en su conjunto, por una parte como colectivo *lobbyista* y reivindicativo durante el XIX y el XX español, pero al mismo tiempo sin asumir los complejos procesos de mediación social que el médico efectúa en su acción profesional, pero en torno a la imagen social y cultural con la que quiere construir su identidad, y en la que el recurso a la tecnología juega un papel simbólico indudable. Así, en el capítulo segundo la autora expone el desarrollo de «las políticas» en relación al cáncer en Madrid y en Cataluña y no percibe en su detallada exposición, la espesura de la selva documental a veces impide ver los árboles, un hecho harto diáfano y significativo: el movimiento en Madrid emerge de una clase académica, funcionarial y aristocrática y se organiza en la cúpula del estado, con ribetes puramente superestructurales, mientras que el movimiento catalán surge de una base profesional que está profundamente vinculada al proyecto del catalanismo político y que centra el desarrollo de sus orientaciones asistenciales en un análisis muy sistemático de las demandas de la sociedad en la que está inmersa como lo prueba la ascendencia de formas de organización cívicas (Radio-Barcelona) en la puesta en pie de un dispositivo que culminará en 1930 con el pabellón oncológico de Sant Pau. Corachán, Carulla o Guílera forman parte del grupo de intelectuales orgánicos, que desde las clases medias catalanas y en torno a organizaciones como los *Congressos de Metges de Llengua catalana* o el *Sindicat de Metges de Catalunya*, son los interlocutores primero de la Mancomunitat de Catalunya y más tarde de la Generalitat Republicana y los inspiradores de las políticas sociales y del despliegue intelectual y académico que busca la consolidación de

un proyecto nacional catalán. Sin que ello sea un obstáculo para su promoción profesional, personal y económica.

Lo mismo sucede con el proceso de institucionalización de la oncología en el Hospital de San Pablo de Barcelona, también tratado por la autora en un artículo anterior. Aquí tampoco se contextualiza el significado cultural y ciudadano del Hospital en el contexto del primer tercio de siglo y que supuso su traslado a un edificio muy representativo de la arquitectura primero modernista y luego *noucentista*, ni su papel de baluarte de la medicina catalana y catalanista en ese período y el significado del pabellón de oncología, que se institucionaliza paralelamente, por ejemplo, a una profunda medicalización de los servicios de psiquiatría de ese mismo hospital, junto con otros. Y es a partir de la comparación lo que me sugiere lo interesante que hubiese sido una cata en la publicidad médica del período con el objeto de detectar el papel emblemático de la nueva tecnología en la definición de una oferta privada de atención oncológica. Hasta hace pocos años no era infrecuente ver en la placa de la calle de la consulta de algún viejo doctor la expresión «Rayos X» como un guiño al cliente potencial. Este escenario en el que se inserta el proceso de institucionalización de la especialidad es el que sólo queda intuido en las partes expositivas del texto.

En la medida en que leo el libro como antropólogo y no como historiador de la medicina, el problema que encuentro en el mismo, es este desfase entre el volumen de información y la contextualización de la misma. Puedo entenderlo como una concesión de la autora a las reglas del juego de un colectivo que no es el mío y ante el que la tesis que dió origen al libro debió probablemente rendirse. Pero por la misma razón y en la medida en que *Dynamis* me solicita la recensión del libro, he de suponer que es también mi visión la que se espera de la misma. Y aquí la cuestión que me plantea tiene que ver con el hecho que la autora señala su condición de oncóloga, que abandona la profesión y asume la identidad profesional de historiadora de la medicina. Al fin, una trayectoria paralela a la mía que cambié de psiquiatra a antropólogo también con una tesis sobre la profesión psiquiátrica. Para mí, en este libro la autora se esconde y esconde lo que lleva a un oncólogo a interrogarse sobre su práctica y a analizarla para de-construir sus construcciones discursivas, y que constituye la primera parte del libro. Pero en determinado punto se detiene y se encierra tras el formalismo de una indagación radicalmente positivista en la que nos integra su, indudablemente extremadamente rica, experiencia profesional previa, su etnografía de la práctica oncológica. Una lectura atenta del libro pone de manifiesto aquí y allá esa dimensión, pero con timidez, siempre de pasada. Así planteada la narración histórica permite obviar expresar explí-

citamente el escepticismo frente al día a día actual, el desencanto que adivino tras este libro. Pero este hallazgo que me hace compartir su viaje iniciático no puede ser perceptible para el lector que no lo busque o que lea el texto como una aportación académica e historiográfica a un periodo concreto de la radiología española. Como una narración destinada a alimentar nuestro conocimiento sobre un periodo en general mal conocido y a menudo tratado tópicamente de la historia sanitaria española y no como una forma de relativizar a través de la toma de consciencia a que induce los discursos triunfalistas respecto a la tecnología tan presentes en la práctica médica de hoy mismo y tan vinculados, hoy como ayer, a estrategias económicas pero también culturales y simbólicas. La virtud de Croce, de Gramsci o de Foucault, con independencia de sus muchos defectos, está en mirar al pasado para pensar y comprender el presente. Pero esto no siempre es evidente cuando uno debe leer entre líneas lo que la autora probablemente quiso expresar pero no se atrevió a hacer por no sé (sí lo sé) qué extrañas razones.

JOSEP M. COMELLES

CHIARA CRISCIANI; MICHELA PEREIRA. *L'arte del sole e della luna. Alchimia e filosofia nel medioevo*, Spoleto, Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Florencia, Società Internazionale per lo Studio del Medioevo Latino, 1996 [Biblioteca di «Medioevo Latino», nº 17], VIII + 354 pp. ISBN: 88-7988-466-2.

El interés por la historia de la alquimia como área de estudio específica e independiente de la historia de la química no ha dejado de crecer desde finales de la década de 1930. Con todo, a partir de 1980 los estudios históricos sobre esta temática han entrado en una nueva y fecunda etapa, que se caracteriza no sólo por un espectacular incremento numérico, sino también por una profunda renovación historiográfica.

Chiara Crisciani y Michela Pereira, profesoras de historia de la filosofía y de la ciencia medievales en las universidades de Pavía y Siena, respectivamente, han sido y son protagonistas destacadas de este proceso. En esta ocasión su colaboración ha posibilitado una impecable obra de síntesis sobre la historia de la alquimia en la Europa medieval latina, estructurada en tres bloques temáticos: un estudio introductorio (pp. 3-105), una antología de textos (pp. 115-261) y una selección de estudios históricos (pp. 265-318); y que se completa con una amplia bibliografía (pp. 319-42).

*DYNAMIS. Acta Hisp. Med. Sci. Hist. Illus.* 1997, 17, 475-537.